

**CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA**

**EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA**

No. 77

EDUARDO CORREA RESTREPO

EDUARDO CORREA RESTREPO

Por Jorge Montoya Toro

Hace algunos años, un gran filósofo y crítico literario chileno, el inolvidable Clarence Finlayson, escribió una atildada nota sobre la poética novedosa de Eduardo Correa Restrepo. Los conceptos emitidos por el perspicaz escritor sureño adquieren vigencia, ante la dolorosa sorpresa que la muerte del amigo y escritor nos ha producido. Como podrán observar nuestros lectores, en los poemas de Eduardo Correa la muerte es una especie de "leit-motiv" que va íntimamente unido a otros sentimientos nostálgicos, como el olvido, la soledad, la ausencia.

Con frases de Finlayson, dibujemos una remota silueta de quien supo de la poesía, del amor y de la amistad. "Conocí a Eduardo Correa a través de su poesía. Llegaba él con la emoción desnuda y palpitante —como un nacimiento— de las cosas recién creadas... Su poesía labora con los motivos todos de la existencia en un plano de silencio, en música en sordina, y la imaginación rica y poderosa que ayuda a inventar sus figuras tenues e inmarcesibles permanece aquietada en asombro constante, como en acecho, como en vigilia de permanente espalda.

"Hay algunos motivos que le persiguen pero que, a mi parecer, no consiguen torturarlo en extremo. El queda y se cirne por encima de sus angustias y las resuelve en canto modulado y triste. Su tristeza proviene de un sentimiento largamente permanecido sobre su subsuelo que, como una fuente intermitente, levanta su surtidor sin desvanecerse:

Te estuve hablando de la muerte
de la distancia y el olvido,
y del recuerdo que levanta
su triste espiga hasta los labios".

Esta bella estrofa, citada por el crítico chileno, es síntesis afortunada de la temática cultivada por Eduardo Co-
rrea en su corta pero elocuente obra lírica. Si otros me-
nesteres alejaron al poeta de su tarea creadora, siempre
hubo en su actitud frente a la vida ese asombro que ca-
racteriza a la poesía y un presentimiento de que las más
altas verdades se hallan tras el velo de lo invisible. Su in-
quietud metafísica era el anhelo de otro mundo mejor, só-
lo accesible al trasponer la frontera de la muerte. Siguien-
do la veta clásica que arranca del bello estribillo "ven
muerte tan escondida...", cantó también él, en soneto a-
divinatorio de su prematuro tránsito, el instante feliz del
reposo que aproxima a la Divinidad:

Ninguna voz escuchar...
No soñar, y así seguir,
sabiendo que en el morir
empieza el nuevo esperar.

La estrofa citada es la última
de la colección y el título
del soneto es "Ven
muerte tan escondida".

EL AMOR ESPERADO

El alba del amor no se apresura.
Tardan sus trinos, tardan sus campanas,
y no se abre la flor de las mañanas
en que veré el color de su hermosura.

Rocío suyo no me da frescura.
No entre su bosque hundido, ni en sus lianas
preso mi corazón; y así, por vanas,
las voces que mi anhelo transfigura,

Entre la soledad —¡oh mi enemiga!—,
descienden tristemente de su espiga.
Ya no hay lejano grito que no llegue

con su espada de llanto a lastimarme!
Cuando Amor venga, no tendrá que darme
pues seré yo quien todo se lo entregue!

PRESENCIA DE LA NOCHE

Esto me grita en plena lejanía
y me tiende su escala dolorosa;
esto que me abre su temible rosa
y desemboca en dura sinfonía.

que conturba mi piel, —¡melancolía!—;
que abate ciegamente y que destroza
el dulce corazón que cada cosa
iba teniendo con mi poesía...

Esto es la noche, próxima y distante,
que me habla de la muerte y de su hoguera,
de su secreto cauce y su diamante.

La noche, soledad tan verdadera
como el llanto que es piedra delirante.
¡La noche... que agostó la primavera!

YO ERA EL OLVIDO

Te estuve hablando de la muerte,
de la distancia y el olvido,
y del recuerdo que levanta
su triste espiga hasta los labios.

Te recordé cómo el silencio
rodea al llanto con su espuma
y lo convierte, sangre adentro,
en piedra de sal y tortura.

Te mostré cómo entre mis brazos
se mueren todas las caricias,
y entre mi voz se queman, solas,
hondas palabras pensativas.

Te estuve hablando de la muerte...
De mis palabras pensativas...
De sales, distancias y olvidos...

Te recordé cómo el silencio
rodea el llanto con su espuma.
Porque yo iré por tu recuerdo
un día, como una lágrima
pequeña y sola... Porque un día
sabrás que amar es derrumbarse
ya sin la voz entre el olvido!

Te estuve hablando de la muerte...
—!De mi muerte y mi cuna unidas!—...
¿Recuerdas? ¡Y yo era el olvido!

INSISTENCIA

Miré a la noche y no ví
sino la luz de mi muerte.
La luz de la muerte en mí
y en la noche que la vierte.
Ya desde entonces morí...!

Muerto en la herida y callado,
y viviendo de la herida,
póngome a escuchar, cegado,
un són lejano de vida
que insiste en lo ya olvidado.

PROCESO DE LA SOLEDAD

Aquello que me llenaba de pavor,
que rodeaba mis horas y mis días
con sus miedos pueriles;
aquello que saltaba como un pez
al menor movimiento de mis brazos,
para que rodaran por el pecho
las lágrimas que no sabía detener...

Aquello era ya la soledad.
La sentía venir cruel y directa
en el pensamiento de muerte de mi abuelo,
en esa lentitud de las noches tremendas,
sobre sus venas rebeldes
que andaban con su corazón por toda la casa

Se escondía ciñéndose a todo lo largo
en el ángulo de los ladrillos y la tapia,
para hacerle camino a la muerte
que saltaba durante albas y tiempos incompletos
por la pelambre oscura del perro.
La veía correr por el tubo vacío,
persiguiéndose, hasta el recipiente de las hojas;
luego, en un instante cualquiera, inesperadamente,
su prematura madurez brotaba al borde del agua
y la teñía de colores inusitados
que eran duros en mi retina.

Aquello que temblaba sobre la puerta de la criada
llamándome con su mano de calor
hacia sus senos amargamente quietos
y hacia sus piernas que crecían entre el humo
como si fueran a convertirse en madera...;
aquello que me invitaba a sus ojos,
espiándome en los vasos
y en la línea de sus caderas insomnes
y en el costado derecho de la jaula
hacia donde saltaban los pájaros...;
o presintiéndome en la rigidez de su nuca
y en el salto hacia atrás de sus hombros,
y amándome, por fin, en mi sangre torpe
que rechazaba el doloroso ir y venir, lento,
de los ojos en armonía con las manos...

Aquello apenas era la soledad.
Era un desaforado deseo de partir
entre gritos y alborozados miedos,

de ser tan fuerte para no regresar,
o tan débil para ignorar
que la llegada me clavaría las espaldas
sobre un olvido, o sobre el silencio de mis pies,
o sobre la primera sensación de vacío
cuando comprobara que no había nada
en el aire por el que pasaban las muchachas...

Aquello apenas era la soledad...
Eso, que sabía dejaba por la mañana sobre el lecho,
y encontraría sólo a la hora en que Dios me esperaba
para recordarme que, allá lejos,
se hablaba de mi corazón como de una orilla
a la que nunca vendrían los niños a recoger,
a saltar con los caracoles.

(Sin embargo, todo esto sucedía
más allá de la lejanía en donde estaba
la casa de mi amigo, el que solía decirme:
Tus manos están hoy blancas... (y de repente):
Tus ojos están más tristes que tus manos...!).

Era la soledad junto a la infancia
como el sabor de la sal que llega con el nombre!

(Recuerdo vagamente que había una mujer
que se expresaba con palabras extrañas
acerca de la luna, y me miraba...
mirándola por entre unas campanas vecinas).
¡Era la soledad junto a la infancia!

Hoy...

Hoy es la soledad de sentirte pasar
y saber que adivinas la hondura de mi pecho;
la soledad de que estés esperando a mi puerta,
tan sola, sin sueños, como un recuerdo que viene
no se sabe si de la noche o de la vida;
la soledad de saberme comprendido de tí,
y por tí de los que me impelen a huir;
la soledad de tus pasos... y mis pasos, perseguidos
por una humedad de fronda
que aparece un espacio para la muerte...

Aún esta soledad sería para la muerte!

Pero la certidumbre como un hielo
abriéndome su rosa —¡su implacable!— sobre el pecho
con su nefanda música —¡su lejana!— en la noche,
con todo, ¡con aquélla!,

como un fardo sobre mi lengua
es ya la soledad que empieza a irse,
a desatarse como aquel silencio
que no alcancé a tocar...

Y nada queda ya. Apenas si está el labio
recordándome, sin palabras, el sabor de la sal
que llegó con el nombre detrás de la infancia.

VEN COMO LA SAETA

No amar... No amar ni pensar
en lo que habrá de venir,
y en un ciego transcurrir
quedarse, sin sollozar.

Ninguna voz escuchar...
No soñar, y así seguir,
sabiendo que en el morir
empieza el nuevo esperar.

Esta es ya la soledad!
Hiere su intensa verdad
mientras gotea el amor,

Mas cuando al fin olvidamos,
de la vida no tomamos
sino su triste temblor.

R A I Z

De olvido me estoy haciendo
y de muerte, sangre y yodo.
La lámpara que no enciendo
está muy dentro, en mi lodo.
Mi voz, en llanto creciendo.
El olvido que no miento
es el que en mí está más vivo.
La raíz de que yo siento,
nacer todo lo que escribo
tiene su flor de lamento!

ROSA MUERTA

Ya no conturba mi oído.
No mueve mi labio amargo.
Ya los ojos no me quema
con llanto como otros días.
Ya no me ata los brazos
con su nombre... rosa fría.
¡No la tengo... ya no es mía...!:
que ahora es la rosa muerta.

Es la rosa... (Su luz muerta!)
Es el incoloro olvido...
Es como un vaso sin bordes...
sin agua... lleno de frío!
Y es como una lenta orilla
que ni recorro... ni muere!
Y es como una tensa cuerda
en donde suena la muerte!
En su placenta de miedo
me ovillo, ya sin recuerdos...

¡Exodo de tu perfume
rosa desangrada ya!

Lívido perfume de niebla
circuye a la rosa muerta.
Una sombra más allá,
honda entre la noche, ronda.
Rastro de la noche honda
otra sombra más allá.
Danza de sombras y un nombre!
Danza de muertos y un vivo!

La muerte da vida a una
rosa de silencio nuevo.
Mas al corazón van todas
las rosas muertas... ¡Ay, todas!
Y esta rosa ya no es mía:
que ahora es la rosa muerta.

¡Exodo de tu perfume,
rosa desangrada ya!
Retorno de tu color,
rosa entre mi marfo ardiendo!

(La rosa cubre la vida,
aquí, sobre el pecho... yerta!).
